

# Para un mosaico en torno a Ramón López Velarde *27 voces de académicos*

ADOLFO CASTAÑÓN\*

*A la memoria de don José G. Moreno de Alba,  
amigo y exdirector de la Academia  
cuyo poeta preferido era R. L. V.*

## Guía



Como un secreto que pasa de voz en voz y corre como río creciente, la figura y la obra de Ramón López Velarde atraviesan las letras mexicanas desde 1921, fecha de su muerte, si no es que un poco antes. Al dedicar un álbum o libro colectivo al poeta y a su poema “La suave Patria”, cuyo manuscrito forma parte del patrimonio documental de la Academia Mexicana de la Lengua, se pensó que no podían dejar de estar presentes en un repaso, aunque fuese fragmentario, las voces de los académicos que desde la fecha de su muerte hasta la actualidad se han ido sumando a la urdimbre que, a través de poemas, ensayos y apuntes han sabido saludar la obra magnética del jerezano. Aparecen aquí: Alfonso Cravioto, Enrique González Martínez, José Juan Tablada, Enrique Fernández Ledesma, José Vasconcelos, Antonio Castro Leal, Genaro Fernández MacGregor, Alejandro Quijano, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Agustín Yáñez, Julio Jiménez Rueda, Alí Chumacero, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Francisco Monterde, Max Henríquez Ureña, Jaime Labastida, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, Allen W. Phillips, Alfonso Junco, Tarsicio Herrera, Salvador Elizondo, Carlos Pellicer y Hugo Gutiérrez Vega.

\* Académico de número y secretario de la Academia Mexicana de la Lengua.

Las transcripciones que siguen tratan de armar en su museo textual esa cadena receptiva en la que, desde luego, está presente la huella del poeta, pero también se proyectan, como en un plano oblicuo, las sensibilidades de esos amigos lectores que han animado a lo largo de la historia el tablero de la lectura. Rostro y paisaje, las voces que aquí se suman al coro han pertenecido o pertenecen a la Academia Mexicana de la Lengua que, con esta recolección de verso y prosa, trata de armar un espejo de cuerpo entero de la recepción de que ha sido objeto el poeta Ramón López Velarde y, en particular, ese estandarte de las letras nacionales que ha llegado a ser “La suave Patria”. La selección no habría sido posible sin la guía de la cronología establecida por José Luis Martínez en la edición de las *Obras* de Ramón López Velarde. En esta analecta no están presentes los autores que tienen un espacio propio en este libro conmemorativo.

10 de diciembre de 2020.



## 1. Alfonso Cravioto

### *Oración fúnebre*<sup>1</sup>

López Velarde, como André Chénier, debió exclamar al morir, golpeándose la frente: “Aquí había algo”; y ese algo era gran parte del porvenir de la literatura de México. Nos deja una tradición que hay que desarrollar, un esfuerzo que hay que desenvolver, y una estela que hay que seguir. Será en lo venidero, al igual que Keats y que Laforgue, como Cuauhtémoc en su bello verso póstumo: *Un joven abuelo*, López Velarde pudo decir con sinceridad la frase altiva del Mariscal Lefebre: “yo no soy un descendiente, sino un antepasado”; y nosotros clamamos frente a esa obra inconclusa: ¡qué gran vino cuando lo beban nuestros nietos! Porque López Velarde, mejor que un poeta presente, fue un gran poeta del futuro, un luminoso obrero de quién sabe qué repliegues de eternidad, que se agitan entre las lóbregues del porvenir insondable; y en esta perspectiva ideal que se abre sobre los horizontes de su obra, con audaz golpe de alas y con esplendor de

<sup>1</sup> Alfonso Cravioto, fragmento de “Oración fúnebre”, en *México Moderno*, año 1, núm. 11 y 12, noviembre de 1921, edición facsimilar publicada por el Fondo de Cultura Económica en su colección *Revistas Mexicanas Modernas*, t. II, México, 1979, pp. 253-254.

aurora presagiosa, López Velarde, paciente, desinteresado y fervoroso, consagrando gran parte de su alma al desconocido mañana, como la antigüedad consagraba altares a los dioses ignorados, aparece más alto todavía, pues ya ha predicho el maestro de “Ariel” que la obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; el esfuerzo más glorioso es el que pone su esperanza más allá de los horizontes del mundo visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y del honor ruidosos, sino hasta la voluptuosidad moral de solazarse en la contemplación de la obra consumada y del término seguro.

Y este botón de gloria que acaba de caer por el zarpazo aleve de una muerte estúpida, ha deshojado sus últimos pétalos líricos sobre la *Suave Patria*, en una poesía póstuma estupenda, que tiene el frenesí de las vibraciones geniales y la armonía dulce de las realizaciones definitivas, y que oculta, suavidades cariciosas, durezas perennes de granito y relieves indestructibles de mármol y de bronce. Yo evoco esta poesía grandiosa y única, al despedir a nuestro gran poeta, para que ella quede aquí, sobre esta tumba, como un monumento perdurable, y porque ella sola justifica este homenaje de la Universidad Nacional de México, en cuyo nombre he hablado, de la Universidad que acaba de transformar trascendentalmente su lema poniendo: *Por mi Raza hablará el Espíritu*; y la raza mexicana acaba de hablar gloriosamente en el espíritu alado de Ramón López Velarde, en una suprema afirmación de vida, en una fuerte realización de belleza, y en un fecundo grito de amor.



## 2. Enrique González Martínez

*Ramón López Velarde*<sup>2</sup>

No puedo imaginármelo con los cabellos grises, dueño de esa maestría serena y reposada que asume a veces formas de cansancio. No lo concibo sin rebeldías, sin avidez de ser nuevo, sin las nobles huellas del insomnio creador, sin la tortura íntima que lucha con la seguridad del propio numen, esa seguridad que es don de predestinados y que sólo en ellos no toma el cariz agresivo de la mediocridad

<sup>2</sup> Enrique González Martínez, fragmento de “Ramón López Velarde”, en *México Moderno*, op. cit., pp. 255-256.

suficiente. Porque aquél mancebo de viril belleza un poco campesina y al desgaire, sano y fuerte, con rostro de niño grande, con modales delatores de cierta timidez provinciana, y que evocan a la figura del ángel que acompañó a Tobías, era consciente de su estirpe y caminaba por sus sendas solo, tal vez para guiar y nunca para ser conducido.

Lo evoco en charlas familiares, suave y apacible, pero convencido y sin flaquezas, cediendo en la discusión por huir de la polémica agría, mas dispuesto a dar por prenda y garantía de sus opiniones el verbo que él forjaba en la fragua de su sinceridad fervorosa.

Yo, que tanto lo quería, que lo admiraba tanto, puse alguna vez reparos en su obra. La malignidad fracasó y nuestra amistad quedó incólume, porque ella se fundaba en cosas más hondas y más altas que la miseria humana. Pero aun esos reparos minúsculos dichos con la simplicidad desnuda a que es acreedor el hombre fuerte, y perdidos en el torrente impetuoso de mis alabanzas, quiero borrarlos hoy para que el homenaje de mi espíritu vaya a su sepulcro sin la leve apariencia de una sombra. Si no lo hiciera, creería escuchar su tierno y fraternal reproche lanzado desde allá donde la crítica es vana y sólo está el dolor de la muerte: “¿para qué, pobre amigo, triste hermano, si sabías que iba a morir?...”.

*Santiago de Chile, a 31 de julio de 1921.*



### 3. José Juan Tablada

*Retablo a la memoria de Ramón López Velarde*<sup>3</sup>

<sup>3</sup> José Juan Tablada, “Retablo a la memoria de Ramón López Velarde”, en *México Moderno*, *op. cit.*, pp. 257-261.

Consagro a su memoria este Retablo:  
Un lucero nos guía hasta el establo  
Donde su numen —Niño Dios de cera—  
Junto al asno y el buey del Nacimiento,  
Que humildad y potencia diéranle con su aliento,  
De Reyes y pastores los tributos espera.

Pues las dádivas de monarcas y zagales  
Que timbraron sus versos, adornaron su cuna:  
Joyas y flores, oro y marfil, mirra y panales  
Hechos de sol y magas perlas hechas de luna!

## 2

Leyenda del Retablo: “No se ha visto  
Poeta de tan firme cristiandad.  
Murió a los treinta y tres años de Cristo  
Y en poético olor de santidad”.

“Fue en la vida el agreste actor de pastorela  
Que canta villancicos, todo música y miel,  
Y al fin, cambiado en ángel, sobre el torvo Luzbel,  
Con un verso de oro entre los labios... vuela!”

“La Belleza le dio un ala; la otra el Bien,  
Viva así por los siglos de los siglos! Amén”.

## 3

### ESCOLIO

Hermano cuyos éxtasis venero  
Cobijados bajo tu gran sombrero  
Negro y tímidamente mosquetero.

El olor de azahar y los cocuyos  
dentro de las magnolias fueron tuyos.

Y tus metales que juzgaron vanos,  
como engendros de luna, los insanos,  
cuajaron oro virgen en mis manos.

Y tu poesía que dijeron rara,  
Rezumando emoción es agua clara  
En botellones de Guadalajara.

(Pues con sudor de su barro mortal  
Cuaja el Poeta prismas de cristal  
Para que el vulgo vea al triste mundo  
Irisado, misterioso y profundo).

Fue tu barro también un incensario  
Ante Xochiquetzal; mas tu fervor  
Católico, ciñó el escapulario  
Y a la par desgranabas un rosario  
Perfumado con ámbar de amor...

Tus júbilos ingenuos sobre la pena están  
Cual sobre negro lucen, ardientes y sencillas,  
Azules amapolas y rojas “maravillas”  
Las jícaras que bruñe Michoacán.

Así en la laca nítida y brillante  
De tus cóncavos versos turbadores  
Bebiendo el agua zarca, entre las flores,  
Mira su propio rostro el caminante!

4

Poeta municipal y rusticano,  
Tu Poesía fue tu Aparición  
Milagrosa en el árido peñón,

Entre nimbos de rosas y de estrellas,  
Y hoy nuestras almas van tras de tus huellas  
A la Provincia en peregrinación...

5

Gracias...! Porque alargaste hasta la cuna  
Rústica y pobre tu rayo de luna...  
Y le pusiste letra al pertinaz  
Cántico de la fuente abandonada  
Que sintió los enigmas de tu faz  
En su propio misterio reflejada.

(La fuente: compotera de azulejos  
Del silencioso patio de las monjas,  
Que los limones guarda y las toronjas  
En dorada conserva de reflejos...

Y donde aún, tal vez, alma beata  
Pero siempre golosa, en la oportuna  
Medianoche, hurga mieles con la plata  
Cómplice de los rayos de la luna.

Porque brillo de séricos mantones  
De Manila, tendiste en los balcones  
De la natal casona, pobre y fea,  
Al paso de las lentas procesiones.

Y en la plaza polvosa de la aldea  
Despertaste un nidal de ruiseñores,  
Entre ígneas corolas de oro y plata,  
Dejando oír tu honda serenata  
Y encendiendo tus luces de colores.

Pues florece en jardines de esperanza  
De la Patria la gran noche sombría,  
Cuando en ardiente cornucopia lanza  
Tu cohete de luz su pedrería...

Y al clamor de la gente pueblerina  
Que anhelados prodigios adivina,  
Oros llueve, como si desde el cielo  
Por darnos luz, el padre Ilhuicamina  
Arrojara los astros a su duelo!

Por los poemas que con miel de flores  
Amasó tu alma —monja en penitencia—  
Y como los monjiles alfajores  
Huelen a mirra y saben a indulgencia.

Por tus poemas tan sabrosos como  
Las mulitas del Corpus, que en el lomo  
Llevaron hasta nuestra niñez, en sus huacales,  
Fragantes y jugosas las primicias frutales.

Porque entre albas cortinas y entre flores  
De tu jardín y germinada chía,  
Y naranjas con oros voladores,  
Encuadras tu sentida Poesía  
En un altar de Viernes de Dolores.

Porque en tus versos armonizas y unes  
Con el afán de indígenas telares  
Copal de misas, ocios de San Lunes  
Y aromas de verbenas populares.

Porque colgaste de tus rimas rudas  
Y con pólvora sabia, hasta la escoria,



Quemaste a la Retórica, ese Judas,  
En jubiloso Sábado de Gloria...

Porque vestiste tu ímpetu de charro,  
Y de china poblana tu alegría,  
Y a nuestra sed en tu brillante jarro  
De florecido y oloroso barro,  
Brindabas inebriante poesía...!

6

#### JACULATORIA

Un gran cirio en la sombra llora y arde  
Por él... y entre murmullos feligreses  
De suspiros, de llantos y de preces  
Dice una voz al ánimo cobarde:  
“Qué triste será la tarde  
Cuando a México regreses  
Sin ver a López Velarde!...”

*Nueva York, agosto de 1921.*



#### 4. Enrique Fernández Ledesma

*Ramón López Velarde<sup>4</sup>*

Salva a su *Suave Patria* de lo inicuo, en cuanto que la retira de los hollados requiebros cívicos. Y crea un depurado símbolo.

Para poner en la tradición de los siglos la perenne lozanía del mártir emperador, le llama Cuauhtémoc *joven abuelo* y para compendiar el frenesí del trueno en la tormenta, dice:

*... y al fin derrumba las madererías  
de Dios sobre las tierras labrantías.*

<sup>4</sup> Enrique Fernández Ledesma, fragmento de “Ramón López Velarde”, en *México Moderno*, *op. cit.*, p. 267.

Resuelve su visión en esta hipérbole, instantánea como un pestañeo:

*y tu cielo, las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros...*

Elabora la estatua viva de la hembra que Cuauhtémoc, con sólo tres renglones:

*... y por encima, haberte desatado  
del pecho curvo de la emperatriz  
como del pecho de una codorniz.*

Para expresar, en su síntesis final, que los colores patrios quedan en el seno sudoroso de la criolla, y que ésta es una entidad simbólica en su carromato chirriante, usa este giro estupendo:

*... pupilas de abandono;  
sedienta voz; la trigarante faja  
en las pechugas al vapor, y un trono  
a la intemperie, cual una sonaja:  
la carreta alegórica de paja.*



## 5. José Vasconcelos

*Ramón López Velarde*<sup>5</sup>

Me interesó siempre López Velarde, por su afán de cosas recónditas; en su conversación se notaba que tenía muy vivo el sentimiento del misterio; a veces no acababa de expresar del todo sus ideas porque el sentido se le iba. Esto ocurre a menudo al que está obsesionado de algo profundo e inefable. Era un profeta profundo que no llegó a desarrollar su mensaje; traía cosas nuevas y se llevó su misterio consigo, porque ni para sí mismo llegó a definirlo.

<sup>5</sup> José Vasconcelos, “Ramón López Velarde”, en *México Moderno*, op. cit., p. 272.



## 6. Antonio Castro Leal

*Ramón López Velarde*<sup>6</sup>

A la novedad de la forma agrega la de ciertos asuntos que él inaugura en nuestra poesía. Canta la provincia, su vida pintoresca y tranquila, sus emociones —no tan sencillas como quiere el romanticismo—. No ejecuta el frío desarrollo de un tema retórico —la provincia como modalidad de la campiña ideal impuesta por Horacio—; canta con el balbuceo del que tiene visiones directas, pintando con toques de color local y descubriendo almas conocidas. Era *su* provincia lo que cantaba. En este género nos deja cuadros fabricados con delicada sensibilidad, compuestos de rasgos esenciales y de guiños de ironía. Pero aunque no se refiera a la provincia, el ambiente provinciano se percibe siempre en su canto. En su fe tenaz, en su unción, tejida en una misma carne, se adivina, como a través de una niebla, el seminario y la parroquia del pueblo; y su erotismo tiene todos los francos caracteres de un vigor campesino que solicita empleo. Su catolicismo y su erotismo son sentimientos elementales que resultan complicados nada más en la forma en que se expresan. ¿Quién no está de acuerdo en que al poeta le esperaba un futuro más lírico y más sabio?



## 7. Genaro Fernández MacGregor

*Ramón López Velarde*<sup>7</sup>

Una música vaga, desentonada y en sordina que alcanza los oídos a través de un paisaje quieto, pero rico en olores y colores; una zurda orquesta que descompasa la obra de un genio; como aquella chirimía de indígenas que encontré en una tarde magnífica de Tabor y de amor, acompañando un cadáver al cementerio, y moviéndose en los surcos morenos al ritmo antitético y apenas reconocible de la marcha fúnebre de Chopin; algo del encanto equívoco de estas evocaciones producen los versos de Ramón López Velarde.

La musicalidad es lo primero que en ellos sorprende... antes de entenderlos. Es una suave brisa que acaricia o que hace daño vagamente; es un suspiro apasio-

<sup>6</sup> Antonio Castro Leal, fragmento de “Ramón López Velarde”, en *México Moderno*, *op. cit.*, p. 276.

<sup>7</sup> Genaro Fernández Mac Gregor, “Ramón López Velarde”, en *Carátulas*, Botas, México, 1935, pp. 77-87.

nado o burlón; sentimos estupor ante las asociaciones de sustantivos poéticos y de adjetivos tomados a una tecnología bárbara, adjetivos que a veces huelen a yodo-formo; una confusión de lampos, de penumbras, de silencios inexplicables que mantiene hipnotizado al ensueño, pero que, al principio, la razón no acepta. Arte ingenuo y desengañado que se expresa en una monotonía de canto llano, roto, sin embargo, por la acentuación rara del ritmo irregular. Manso ritmo ordinario, con olores de incienso y de manzana, de ropa almidonada y de guayabate monjil. Aun sin prestar atención a lo que expresa, su cadencia nos trae ya un dejo provinciano persistente.



## 8. Alejandro Quijano

*Ramón López Velarde*<sup>8</sup>

Hoy es Ramón López Velarde... Hoy es este gran muchacho, nobilísimo en su arte y en su vida, todo sinceridad y emoción, todo ánimo cordial, todo impulso generoso y amable. Hoy es este exquisito poeta que en versos ora simples, ora complicados, a veces olientes a tomillo de los campos, a veces al incienso de la iglesia de su provincia, a veces también al penetrante y fuerte humor de la urbe, pero siempre esenciales y elegantes, supo elevar nuestros espíritus en comunión con el suyo.

Hoy es este hombre bondadoso, imbuido en una prístina fe católica, sano moral y físicamente, que se dobla al golpe de la Átropos inexorable cuando apenas había traspuesto los años mozos, cuando parecía tener por delante la vida, es decir, la dicha ponderada, el fluir y refluir del espíritu alentando en una labor pura y fructuosa.



## 9. José Gorostiza

*Ramón López Velarde y su obra*<sup>9</sup>

La patria fue, sin duda, el descubrimiento más plausible de López Velarde, porque, teniéndola al alcance de la mano, nadie antes de él quiso enterarse de

<sup>8</sup> Alejandro Quijano, fragmento de “Ramón López Velarde”, en *México Moderno*, *op. cit.*, p. 297.

<sup>9</sup> José Gorostiza, *Revista de Revistas*, año XIV, núm. 738, 29 de junio de 1924, pp. 28-29; reproducido en *Poesía y prosa*, comp. Miguel Capistrán, Siglo XXI Editores, México, 2007, pp. 244-249.

su existencia. Repetían indefinidamente la primavera o el otoño de los poetas franceses junto a la oda a Morelos, cuando Ramón descubre la patria *suave*. Le dijo sus mejores versos como para reafirmar las alusiones y alabanzas de su obra entera.

Personas familiarizadas con literaturas y países extranjeros, advierten lo mexicano de nuestros escritos en cierto matiz espiritual, de por sí indefinible, que suele resolverse en actitudes especiales de cortesía, de medio tono delicado, y aun en sonoridad característica del verso. Podemos admitirlo, desde luego, observando que somos así natural e involuntariamente.

Pero López Velarde nos enseña otra cosa: tenemos tierra y cielo propios, es decir paisaje; tenemos maneras de expresarnos, es decir idioma; y, por último, costumbres o vida regular e inconfundible. Los tres elementos, *paisaje, idioma y costumbres* son la mejor base para un mexicanismo de dentro a afuera.

Del estío al invierno no conocemos una transición sensible sino durante una semana, cuando el brazo no sostiene impermeable o abrigo; sin embargo, se escriben a menudo poemas a un otoño sentimental, rumoroso por las hojas secas o la lentitud de una llovizna prematura. Y tampoco falta quien, escribiendo un *hai-kai*, cite al Fujiyama porque el único volcán que puede ver, el Popocatépetl, se llama feo y no es mundialmente conocido.

Ese poema de otoño y ese *hai-kai* contienen la visión propia de un mexicano; diré mejor, la versión mexicana de un autor francés o japonés. ¿Qué es lo nuestro de esas poesías? La forma solamente, ya sea dureza del verso o concepción delicada o proporciones endebles. El espíritu no nos pertenece ni nos pertenecerá mientras la forma no se anime con la poesía del suelo.

Lo difícil consiste en que nuestro mexicanismo necesita ser aceptado universalmente como una expresión de humanidad. Si no es posible, será mejor que se continúe sacudiendo la monotonía de las noches con numerosos ensayitos, dramas sintéticos y poemas breves, mientras una ligera llovizna inunda las calles e impide cosas de mayor provecho.

He analizado la poesía de López Velarde para caer, ligando mis temas, en la idea final de que pudiera distinguirse por una armonía de dos sustancias sutilísimas: el amor y la patria, realizándose en formas animadas por un soplo de inmortalidad.



## 10. Jaime Torres Bodet

*Cercanía de López Velarde*<sup>10</sup>

No tengo a mano —y lo deploro— las excelentes páginas que José Gorostiza leyó acerca de la obra de Ramón López Velarde en una de las conferencias organizadas por la Biblioteca “Cervantes” de México, en 1924. No obstante, si la memoria no me traiciona, creo poder afirmar que ya en ellas se proponía cierto aspecto del provincialismo de su poesía como un recato y una ternura del sentimiento dentro del panorama de la edificación nacional. El comentario a esta parte del lirismo de López Velarde me llevaría por lo pronto a sitios que no quiero tocar de paso; que no me resigno tampoco a dejar para el convenio precario de una alusión. El problema del arte mexicano se encuentra ligado con dificultades técnicas, históricas y políticas demasiado complejas para creerlo resuelto por una simple buena intención de nuestro patriotismo... No deja de ser curioso, sin embargo, el hecho de que “La suave Patria” sea precisamente el poema en que López Velarde, al querer superar las fronteras de su regionalismo —de su comprensión deliciosamente parcial de las cosas—, se haya visto precisado también a disminuir el hermetismo patético de su expresión. Comparadas con *Todo*, con *Tierra mojada*, con *Mi corazón se amerita...*, con *Hoy como nunca...*, los versos de “La suave Patria” dan la impresión de una renuncia deliberada a los modos esquemáticos de pensar que la poesía de *Zozobra* había llevado hasta la desnudez despojada y despejada del Álgebra. No quiero decir con estas reticencias que “La suave Patria” implique un decaimiento del poeta, sino un propósito de vulgarización en sus procedimientos, el deseo de vestirse con una cultura... Los hallazgos felices abundan todavía. Citaré algunos, que están ya en todas las bocas y que, a pesar de ello, no han perdido aún su sabor esencial y fragante:

El relámpago verde de los loros.

En calles como espejos, se vacía  
el santo olor de la panadería.

<sup>10</sup> Jaime Torres Bodet, tomado de *Contemporáneos*, vol. VIII, julio-diciembre de 1930, pp. 131-135.

Oigo lo que se fue, lo que aún no toco y  
la hora actual con su vientre de coco.

Desde el vergel de tu peinado denso...

Como la sota moza, Patria mía,  
en piso de metal vives al día.<sup>11</sup>

Cito muchos. Y considero que son todavía más numerosos que los citados los que el temor de parecer prolijo no me autoriza a añadir. Pero, a cambio de estas sorpresas de estas iluminaciones, ¡cuántas lentitudes y cuántas indecisiones de estilo que las estrofas de *Zozobra* no contenían! Por ejemplo:

Suave Patria, te amo no cual mito  
sino por tu verdad de pan bendito.

Inaccesible al deshonor, floreces...

No como a César el rubor patricio  
te cubre el rostro en medio del suplicio.

El alma, equilibrista chuparrosa...

Cada uno de estos renglones encierra el eco de un vicio, la torpeza de un aprendizaje, el reflejo de una retórica extraña. El segundo parece de un discípulo de Quintana. El tercero recuerda la fraseología académica de Santos Chocano. El último evoca las peores imitaciones sentimentales de Gutiérrez Nájera. En los más graves errores cometidos por López Velarde antes de “La suave Patria” había, en cambio, tales acentos de integridad personal, de mundo poético aparte, que no me es posible elogiar esta poesía suya, demasiado célebre, sino como un

<sup>11</sup> Sería interesante hacer notar hasta qué punto se anticipó en las conquistas de cierta poesía española, rica en imágenes —como la de Federico García Lorca— esta manera de la sensibilidad de López Velarde para lo plástico.

magnífico ensayo de transición. De transición hacia mayor popularidad... Pero no hacia mayor temperancia.

Lo peor que puede ocurrir a ciertos ángeles es que un profesor de gramática los enseñe a leer y a escribir. Lo más grave que puede ocurrir a ciertos poetas es perder sus límites, hacer más abundante su léxico, cambiar su profundidad por una promesa —casi siempre ficticia— de mayor extensión. No sé por qué imagino que Ramón López Velarde se hallaba, cuando la muerte lo arrebató de nuestro lado, en trance de este peligro. Por una parte, su mundo —de formas artificiales y herméticas— necesitaba, como el de todo gran poeta, de una sustitución del Diccionario de la Real Academia por el tratado del “cosmos”, de Belarmino. (Hay metáforas, en efecto, que sólo a través de otras metáforas se pueden comprender.) Pero, desde otro punto de vista, el contacto con una cultura al alcance de todos, eso que José Bergamín ha llamado con tanta exactitud la decadencia del analfabetismo, le inducía a traducir los decretos de su reino alucinado al lenguaje de todos los días. Y esta actitud, que supone una desconfianza de la magia, afirma siempre una abdicación.

“Toda el agua del mar no bastaría a lavar de nuestra obra una sola mancha de sangre intelectual”, escribió en una página luminosa, la pluma de uno de los más crueles maestros de la sensibilidad contemporánea. Frente al espectáculo de la poesía de López Velarde, repito esta frase de Isidoro Ducasse y comprendo que encierra, sin quererlo, la oración fúnebre de un gran poeta.



## 11. Salvador Novo

### *Un pedo de Ramón López Velarde*

Un pedo de Ramón López Velarde,  
sazonado con todo lo que sobra  
ejecutó diabólica maniobra  
y se vistió de noche por la tarde.

Venga pues sin remedio y nos enfarde;  
tuerza la charamusca de *Zozobra*,  
ponga las cuatro manos a la obra,  
que no faltará quién lo desalbarde.



Y se puso a vagar de Ceca en Meca  
en busca de difíciles palabras,  
y de chiripa entró en la Biblioteca.

Suave Patria, tú sola te la labras,  
porque lo mismo aquí que en Zacatecas,  
suceden los cabrones a las cabras.



## 12. Agustín Yáñez

*Encuentros con López Velarde*<sup>12</sup>

Tendría yo siete, ocho años —fecha que no recuerdo, aunque leve inquisición puede fijar—, mi padre se hallaba suscrito a un diario de Guadalajara: *El Regional*, dirigido por Eduardo J. Correa, cuya memoria venerada es patrimonio familiar, cursado más de medio siglo.

(A don Eduardo lo conocí —él me reconoció afectuosamente— años después, en una excursión a Estados Unidos (1926) e inspirado por la devoción paterna, por la identificación con sus novelas, brotadas de hondas vivencias provincianas, publiqué recensiones en *Bandera de Provincias*. Luego le agradecí comprensivo comentario sobre mi nominación a la gubernatura de Jalisco, en que hizo referencia al hijo de modesto artesano, ejemplo de honestidad; invitado de honor, me acompañó a diversos actos constructivos; particularmente recuerdo su emoción, una noche, cuando se puso en servicio, con espectacular juego de aguas y luces, el homenaje a Guadalajara, simbolizado en la figura de Minerva y en la inscripción capitular, con los nombres de tapatíos esclarecidos grabados al pie de la estatua y en el fondo de la fuente: ingreso a la ciudad.)

*El Regional* llegaba temprano. Yo lo leía presurosamente antes de que mi padre desayunara y lo requiriera. Me gustaba, sobre todo, encontrar unos versos que de cuando en cuando aparecían —los buscaba morosamente— y los memorizaba con espontánea facilidad, hija de afinidades electivas: pueblos, gentes, premoniciones de niñez.

<sup>12</sup> Agustín Yáñez, *Excélsior*, sábado 25 de enero de 1975.

Luego se recibió, semanariamente, la revista *Pluma y Lápiz*, también dirigida por don Eduardo J. Correa. Horizonte nuevo, amplificado a mis impulsos vocacionales. También allí nuevos poemas firmados por Ramón López Velarde.

Precoz, perpetua emoción del campanero, de la noble señora, de Fuensanta, del mar: “dicen que es menos grande y hondo que el pensar”. Claro que yo no sabía entonces que fueran pesares ni mares. (Ah, los mares del mundo, los pesares después conocidos.)

No, no conocí, no traté a Ramón en vida; pero mis encuentros con él son indelebles. Por afín le dediqué un libro: *Los sentidos del aire*. (Como la recóndita, inédita satisfacción de que José Clemente Orozco, al autorizarme a publicar su autobiografía, en las ediciones de la revista *Occidente*, después de que había leído *Al filo del agua*, expresó afinidades mutuas, que a lo largo de trabajos he tratado de cultivar.)

Al gozoso encuentro infantil y memorización de sus versos, prosiguió el de la noticia de que Ramón había muerto, sabida en remoto pueblo: Mezquital del Oro, Zac., donde yo pasaba días de vacación escolar (septiembre de 1921) y a donde llegó un abogado, cuyo nombre no recuerdo, que decía ser amigo de Ramón. Por momento y sufragio recordé pasajes de la “Santa Patrona” y “Cuando me sobrevenga el cansancio del fin”.

Ya en pleno abrazo a destino electo, el reencuentro de textos que coadyuvaban a descifrar el llamado de la vida, congregados en el título que sentí consanguíneo: *La sangre devota*, y la difícil, incitante cuesta de *Zozobra*; y la peregrinación, los obsesivos recorridos, los descansos imaginativos en el descubrimiento de Zacatecas, bizarra capital, y Jerez, villa esencial de mexicanidad.

Obtuve un ejemplar de *Zozobra*, numerado el primero con letra de López Velarde y dedicado a Enrique González Martínez. Cuando se trató y se consiguió convertir en museo la casa natal de Ramón, empeño en que participé, hice depósito de aquella joya bibliográfica en manos del gobernador José Minero Roque, como angular piedra de la biblioteca proyectada en el museo.

Sucesivamente los encuentros con motivo del cincuentenario de Ramón, y la devoción de tener en manos, comparar versiones, adivinar la sensibilidad en el pulso de los manuscritos entregados por el presidente Luis Echeverría a la Academia Mexicana.

Ramón. Así familiarmente.

Ramón, “Ánima y estilo” de México; moneda troquelada por la patria, la suave patria, “fiel a su espejo diario”.



### 13. Julio Jiménez Rueda

*Historia de la literatura mexicana*<sup>13</sup>

La vuelta a la provincia se realiza por medio del verso y de la prosa. Es una de las formas de encontrar las más puras esencias de la nacionalidad. En el verso esta tendencia dio vida a la obra de uno de los más grandes poetas del México contemporáneo: Ramón López Velarde (1888-1921). Muy corta es la obra de López Velarde, nacido en Jerez de Zacatecas el 15 de junio de 1888. Murió en México en 1921. Su obra lírica se encuentra en *La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919). Su prosa en *El minuterero* (1923). Se disponía a trasfundir el alma de la provincia en el alma de la patria.



### 14. Alí Chumacero

*López Velarde en la amistad*<sup>14</sup>

José Vasconcelos, en 1921, siendo todavía rector de la Universidad, lo llevó a trabajar en la redacción de la revista *El Maestro*, que empezaba a publicarse. Cuando López Velarde se presentó en la rectoría fue recibido por Vasconcelos con palabras sumamente cordiales: “Ya sé de la resistencia que usted tiene para servir a este régimen; pero le advierto que no es usted el que viene a ofrecerse, nosotros lo buscamos porque nos hace falta. Usted tiene la obligación de servir a México y de no negarnos su cooperación”. Ese mismo año, López Velarde terminó “La suave Patria”, larga composición fácil de leer y que, por lo mismo, promueve la admiración de muchos lectores en perjuicio de sus más hondos poemas.

<sup>13</sup> Botas, México, 5ª ed., 1953, pp. 300-301.

<sup>14</sup> “López Velarde en la amistad”, en *Momentos críticos*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 130-132.

Sobre todos estos temas, De Alba hace observaciones que, a pesar de no distinguirse por su certidumbre crítica, ayudan a comprender al elaborado poeta y al hombre de mano franca, aunque tímido y casi solterón, que supo revelar a la vez su desgarrado mundo interior y la realidad no del todo alegre, pero siempre amorosa, de su patria.



## 15. Octavio Paz

### *El camino de la pasión*<sup>15</sup>

“La suave Patria” no es un canto a las glorias o desastres nacionales. Al iniciar su poema, López Velarde nos advierte: “navegaré por las olas civiles con remos que no pesan...”. Y lo cumple: no hay apenas alusiones a la historia política o social de México, ni a sus héroes, caudillos, tiranos y redentores. El único episodio que le parece digno de mención separada, lo seduce por su carácter legendario. Los diez versos que evocan a Cuauhtémoc atravesando la laguna, en la piragua, para entregarse a Cortés, contienen imágenes memorables: el “sollozar de las mitologías”; el rey que se desprende del “pecho curvo” de la reina “como del pecho de una codorniz”; y esos “ídolos a nado” en los que veo toda la catástrofe —agua y fuego— de Tenochtitlan. El resto del poema es una estampa del paisaje y la vida mexicana de esa época. ¿Realismo? Sí, a condición de llamar realistas a nuestros pintores anónimos del siglo XIX y a los que, desde el Aduanero Rousseau, se llama con cierta impropiedad “primitivos modernos”. Sucesión de colores, sabores, perfumes y sensaciones: no un fresco sino un “documental”, en el sentido cinematográfico, de imágenes poéticas.

El verdadero equivalente de “La suave Patria” no está tanto en la pintura o en el cine como en el teatro. Ni lírico ni heroico —su tono: la “épica sordina”— es un poema dramático, dividido en dos actos, con un proemio y un intermedio. El proemio participa del prólogo de la comedia romántica y de la obertura por la orquesta de la época: declaración de las intenciones del autor, sin descuidar la autoironía, y entrada en materia de los instrumentos, con predominio de los de

<sup>15</sup> Octavio Paz, “El camino de la pasión: Ramón López Velarde”, *Obras completas*, t. IV: *Generaciones y semblanzas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pp. 189-192.

cuerda y percusión. El intermedio es un solo en el que el vocalista, aquí y allá acompañado por un lejano murmullo de chirimías, canta el suplicio de un héroe. Los dos actos, a cargo de toda la compañía, están compuestos por una serie de cuadros escénicos: no hay diálogo, pero los bailes y pantomimas lo suplen con ventaja. La acción es nula. Hay un fin de fiesta: la aparición de “la carrera alegórica de paja”, trono rústico de Pomona-Guadalupe-Tonantzin. Espectáculo para la vista y el oído, “La suave Patria” se parece, más que a la pintura mural, a la música de Silvestre Revueltas. El poema, en su género, es perfecto. Hay fragmentos que no es fácil olvidar: el trueno del temporal que enloquece a la mujer y “sana al lunático”; la mirada de esa mestiza que pone “la inmensidad sobre los corazones”; la “cuaresma opaca”; los “pájaros de oficio carpintero” y tantos otros. Nadie sino López Velarde podía haber escrito esas líneas. El poema es, en cierto modo, el mediodía de su estilo. Digo: el mediodía de su estilo, no de su poesía. La maestría vence con frecuencia a la inspiración, la receta suplanta a la invención y el hallazgo al verdadero descubrimiento. La mirada del poeta no penetra en la realidad de sí mismo ni en la de su pueblo. Es un poema exterior.



## 16. Alfonso Reyes

### *Croquis en papel de fumar*<sup>16</sup>

En Jerez perduró de algún modo el prehistórico matrimonio de raptó. El padre nunca daba a la hija, que tanto fuera confesar su ineptitud para mantenerla, grave desdoro. El novio comenzaba por arrebatarla, a reserva de sellar las paces ante los hechos consumados. Hasta hace poco, las novias se salían de su casa y se refugiaban junto a alguna familia antes de las nupcias. Los parientes no asistían a la iglesia, y ellas se casaban llorando. (¿No ha recordado el poeta, por ahí, el pañuelo de lágrimas, indispensable en las bodas?) La reconciliación, a los pocos días, lo arreglaba todo. En la mente de López Velarde se agitan estas visiones, mezcladas con las mitologías del valiente y del bandido enamorado, tema de los “corridos”.

<sup>16</sup> Alfonso Reyes, “Croquis en papel de fumar”, *Marginalia*, primera serie (1946-1951), *Obras completas*, t. XXIII, 1ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pp. 153-154.

La patria se le vuelve mujer. La quiere con apetito, con dolor y con sangre. Y ¿qué le dice?

...Quiero raptarte en la cuaresma opaca,  
sobre un garañón, y con matraca,  
y entre los tiros de la policía.

Vida corta ¿Malograda? Hay también una Providencia Poética. Tal vez haya destinos a los que conviene la indecisión, el acre sabor de la juventud. Tal vez...

1951



## 17. Francisco Monterde

### *Comentario final*<sup>17</sup>

Proyectada a mediados de 1943, esta edición —la primera digna, aislada, del poema— aparece cuando la memoria de López Velarde recibe honores definitivos. Para honrarlo, se reimprime “La suave Patria” que publicó la revista *El Maestro* en su número correspondiente al mes en que murió el poeta: junio de 1921.

Recupera aquí su forma primitiva el original que habían modificado, en libros y periódicos, tipógrafos indolentes. Una de esas vicisitudes, no de las menores, consistió en la amputación de la palabra inicial del título, que era y debe ser, completo, “La suave Patria”; con artículo determinado, porque es esta patria: la Patria.

Sin intentar la explicación que espíritus curiosos reclaman desde opuestos puntos cardinales, se traza este comentario sobre el molde y el contenido, el cómo y el porqué de los últimos versos que pudo concluir López Velarde.

Con la iniciación, el proemio, declara en primera persona, de modo romántico —esto es, todavía fuera de lo objetivo— que abandona la lírica, por una épica mesurada. Adopta el verso heroico, en el que se toma alguna libertad al distribuir los acentos rítmicos. Tras la afirmación del enunciado, la invocación

<sup>17</sup> Francisco Monterde, “Comentario final”, en Ramón López Velarde, *La suave Patria*, grabados en madera de Julio Prieto, Imprenta Universitaria, México, 1944, pp. 17-20.

se sitúa en lo épico; mas al dividir el poema en tres partes, prefiere la terminología del dramaturgo: dos actos y un intermedio, retrospectivo, a manera de pausa.

En el primer acto, nuevo Adán, hace el descubrimiento de la Patria; topografía y orografía elementales: pastora y minera, tentada por la industria. Las horas en la ciudad vuelan, cortesanas; en la provincia, caen lentamente. El territorio mutilado, vestido con decoro en su pobreza, es muy amplio aún; el ferrocarril, que parece de juguetería, sugiere un viaje simultáneo por el espacio y el tiempo. En las estaciones, mirada de mestiza; en la adolescencia, la novia, los fuegos de artificio. Policromía y tórrida abundancia; fauna y flora. El brío de la raza. Barro que tiene, vacío, sonoridad de plata. El terruño; madrugada en calles limpias, olorosas a pan. Música y dulces: regalos para el gusto. Cielo claro, de pronto ensombrecido por el temporal. Paréntesis de meteorología barroca: pasado, porvenir y presente.

Intermedio. Cuauhtémoc, el héroe: punto de intersección y alianza de dos civilizaciones; efigie de numismática. Estampa de su captura.

En la última parte, elogia a la “Patria” en las mujeres mexicanas. Mito y verdad. Pudor, honra, abnegación diaria, lujo humilde. Imprevisión y penuria. La grandeza del Palacio Nacional y la del país; ambos, de infantil estatura. En la escasez y los combates, el amparo de san Felipe de Jesús y su higuera milagrosa. Quiero raptar, con escándalo, a la Patria; de entrañas acogedoras para lo que se sepulta en ellas, brinda frescura en el verano, tibieza en el invierno. Pasión y peligro: muerte del alma y del estilo patrios. Consejo: persistencia, fidelidad; dichoso cultivo de la tierra.

Ante la precipitada huida del país hacia el futuro, el poeta que se formó en medio de la tranquilidad provinciana: Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, toma el pulso a la Patria en la vasta contradicción de su capital, y medita —romántico desplazado en tránsito hacia el simbolismo— su poema que, como lo mejor de nuestra literatura, es fruto de nostalgia. Contemporáneos del autor, percibimos totalmente el mensaje; pero sus metáforas y reminiscencias ya intrigan a los extraños: mañana, cada frase requerirá una exégesis, aunque no se realice la desvinculación, el presentimiento de López Velarde.

Quien sepa de las lecturas fraternalmente compartidas, advertirá, desde luego, que el poeta civil recuerda una página de Barbey d'Aurevilly, cuando habla del correo de los chuanes: toque de exotismo, singular en el posmodernista.

Aludido con recato, México está presente, con las fabulosas riquezas del suelo y subsuelo; ciudad y campo, alternados. Éste suscita añoranzas; de su madurez, el poeta retrocede a la juventud —profundidad y aristas del paisaje zacatecano, cantadoras de la feria de San Marcos, grave cuaresma potosina— y a la infancia: Jerez, verde alivio en el árido terreno; calles rectas; casas —a veces, góticas miniaturas— ufanas de sus decorativas pajareras...

Esto es lo accesorio: detalles del cuadro; lo medular está en la naturaleza invariable. Por ello, el poema de López Velarde emparenta con los de Landívar y Heredia, que iniciaron la descripción poética de la patria mexicana. Un parentesco hispanoamericano lo liga también con Bello, por el consejo final, advertencia prudente, en que muestra a la Patria el camino de la ventura: el destino agrícola —igual que el poeta de las geórgicas americanas lo señaló a sus contemporáneos un siglo antes.

Otros lazos continentales se explican por tendencias convergentes, dentro de la estela del modernismo: un viaje de regreso hacia lo autóctono, pasado el deslumbramiento de lo extraño, descubre López Velarde la *novedad de la Patria*; la ha orientado Leopoldo Lagunes —el de las *Odas seculares*—, desde la Argentina. El lírico en épico trance —hay que anotar el discreto precedente de Silva, en Caracas—, resuelve el tema con desinterés y hondura insuperables.

El momento en que cuajó el poema —proximidad del Centenario de 1921: revisión y revelación; mexicanidad en crisis— aclara sus características. El nacionalismo, avivado, llevaba a la exploración local, en busca de cimientos artísticos. Entre ajenos fracasos, con fina sensibilidad, López Velarde eleva los giros familiares a la categoría de expresiones poéticas; ennoblece lo típico, que sólo había sido antes materia de versos cotidianos, en *Fidel* y quienes cantaron lo popular con tono apenas diferenciado, sin relieve que permitiera distinguir los romances costumbristas de unos y otros.

Las sorpresas, los hallazgos barrocos de “La suave Patria” tienen algo de la plástica finisecular, con su leve humorismo involuntario, que halló López Velarde —nexo entre la capital y las ciudades del interior— en recargadas esculturas de residencias presuntuosas. Como los contrastados óleos que vio en su mocedad,



en galería olvidadas, aquéllas influyeron, vagamente, en la elaboración de sus imágenes. Lo demás —que no es lo de menos—, lo mismo que en todo poeta, corresponde a su personal manera de reaccionar estimulado por las sensaciones; proviene de la actitud que adoptó ante la vida, como abogado y burócrata, un tanto escéptico, mas sin perder la fe heredada.

Por el camino de la estilización heroica, llega a la interpretación de la Patria —cuya novedad reveló en prosa que es antecedente del canto—; de la Patria íntima, suya y nuestra: *la suave Patria*.

En desacuerdo con tal epíteto, se concibió una réplica, para buscar la explicación de la Patria por el rumbo de las asperezas; mas al escribirla se olvidó el instante en que los versos pasaron de la reflexión a las rimas: la tregua tras un decenio de violencia desatada entre hermanos, a cuyas consecuencias alude. Precisamente porque había sido, hasta entonces, dura la Patria, para muchos de sus hijos, él la suaviza esperanzado; no ignora la dureza —la palpó, mas la olvida, consciente—, y anulado lo efímero, confía en la continuidad de la tradición, en lo perdurable.



## 18. Max Henríquez Ureña

### *Del diabolismo poético*<sup>18</sup>

A la misma generación que tan importante labor realizó en el Ateneo y en la Universidad Popular, pertenecía Ramón López Velarde (1888-1921), cuya primera aportación a la lírica fue la emoción de la vida provinciana. Después, en “La suave Patria”, dio, con vívido colorido, una síntesis armoniosa y original de todo el país, y alcanzó sorprendentes efectos al incorporar, dentro de la aristocracia de su expresión poética, la mención oportuna de lo cotidiano y lo común.

A veces hallamos en sus versos un reflejo del *diabolismo poético* que encontró cabal interpretación gráfica en los dibujos de Julio Ruelas:

<sup>18</sup> Véase *Breve historia del modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954, pp. 499-500.

## EL SUEÑO DE LOS GUANTES NEGROS

De súbito me sales al encuentro,  
resucitada y con tus guantes negros.  
Para volar a ti le dio su vuelo  
el Espíritu Santo a mi esqueleto.

Al sujetarme con tus guantes negros  
me atrajiste al océano de tu seno,  
y nuestras cuatro manos se reunieron  
en medio de tu pecho y de mi pecho,  
como si fueran los cuatro cimientos  
de la fábrica de los universos.

¿Conservarás tu carne en cada hueso?  
El enigma de amor se veló entero  
en la prudencia de tus guantes negros...

Hay en la poesía de López Velarde imágenes sinestésicas que revelan su afinada sensibilidad (así cuando dice que en una madrugada invernal “lloviznaban gotas de silencio”); pero también encontramos que su inspiración sufre reiteradamente la atracción de lo macabro: “mi vida es sólo una prolongación de exequias bajo las cataratas enemigas”, o bien,

Antes de que tus labios mueran para mi luto,  
dámelos en el crítico umbral del cementerio  
como perfume y pan y tósigo y cauterio.

Pero aunque por momentos el barroquismo, a veces macabro, de su expresión poética, recuerde los tiempos del modernismo, su acento es otro, su voz es una voz nueva, y sus dos únicos libros de versos (*La sangre devota*, 1916; *Zozobra*, 1919) son jalones que señalan nuevos derroteros. Sus prosas, también excelentes, han sido recogidas en ediciones póstumas.



## 19. Jaime Labastida

### *Ensayo introductorio*<sup>19</sup>

Acaso sea conveniente señalar que esa “patria suave” de la que nos habla el poeta, la que quiere que sea *siempre igual, fiel a su espejo diario*, no existe más. Fue destruida por el avasallamiento, brutal si se quiere, de la industrialización y la urbanización del país. Las imágenes plácidas de López Velarde conservan, cuando mucho, un valor arqueológico. Aquella provincia, del *reloj en vela/* que rondan los *palomos colipavos*, donde *las campanadas caen como centavos*; aquella ciudad de México en la que *cada hora vuela, / ojerosa y pintada, en carretela* fueron ya sustituidas por el desarrollo de la industria y la urbanización. Decir que cada hora *vuela* porque *va en carretela*, es hablar de una ciudad que no conocía el tránsito angustioso de los automóviles actuales. Se trata de medallones de una época y una estructura social definitivamente perdidas, y para siempre. López Velarde fue un amigo entrañable de Saturnino Herrán: cabe destacar algunas semejanzas entre la poesía de uno y la pintura del otro, al menos en algunos de sus temas.

Sin embargo, pese a todo lo anterior (o por todo lo anterior), López Velarde se ha vuelto un icono nacional, la *esencia* de una entidad metafísica y abstracta que responde al nombre de *lo mexicano*. Hace varios años, José Luis Martínez dijo que la obra de López Velarde, “excepcional por todos conceptos dentro de la historia de nuestra poesía”, “acertó a expresar una nota que puede considerarse la distintiva y peculiar de la sensibilidad mexicana”.<sup>20</sup> En fecha posterior, dijo que algunos aman su poesía “por esa esencia del México más hondo que nos revela”.<sup>21</sup> Emilio Uranga, por su parte, afirmó que el *ser del mexicano* se expresaba en la poesía de López Velarde bajo el signo característico de la *zozo-*

<sup>19</sup> Jaime Labastida, “Ensayo introductorio”, en *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana*, México, Fundación Azteca/ Proyecto 40/ Siglo XXI Editores, México, 2005, pp. 68-71.

<sup>20</sup> José Luis Martínez, *Literatura mexicana. Siglo xx, 1910-1949*, Primera parte, Antigua Librería Robredo, México, 1949, p. 22. [Nota de Labastida.]

<sup>21</sup> José Luis Martínez, “Introducción”, en Ramón López Velarde, *Obra poética*, UNESCO/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Madrid (Archivos), 1998, p. xxv. [Nota de Labastida.]

bra.<sup>22</sup> A su vez, los autores de la nota sobre López Velarde en *Poesía en movimiento* (o sea, Alí Chumacero y José Emilio Pacheco) sostienen que, después de él, muy pocos “han logrado unir el movimiento de lo moderno universal con la inmóvil fidelidad a lo genuino mexicano”.<sup>23</sup> Podría multiplicar los ejemplos. Bastan los que he expuesto. Permítaseme decir que estos juicios me resultan poco menos que incomprensibles. En todos ellos se denota la influencia que aún tiene esa ideología de lo mexicano que estuvo en boga hacia la mitad del siglo anterior y que culminó en *El laberinto de la soledad* y en la colección México y lo Mexicano, dirigida por Leopoldo Zea. Creo que se abusa sin recato de términos como *esencia*, *ser*, *ontología* que acentúan rasgos que intentan mantener sin movimiento lo que está sujeto a movilidad total. ¿Es posible hablar de *inmóvil fidelidad a lo genuino mexicano*? Estos conceptos me resultan por demás extraños. ¿Qué sería lo opuesto a lo *genuino mexicano*? A *inmovilidad*, *fidelidad*, *genuino* han de oponerse otros, por sí solos condenables: *movilidad*, *infidelidad* (o deslealtad), *postizo* (falso o inauténtico). Esta supuesta *fidelidad inmóvil a lo genuino mexicano* ha sido destruida en unos pocos años. Hace ya tiempo, cuando los restos del poeta fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres, dije: es “obvio que López Velarde abre nuevos caminos a nuestra poesía... su lucha contra el modernismo le lleva a la conquista de un ritmo personal...”; que su mundo oscila “entre el espanto provinciano por la ciudad de México, donde le aguardan las ‘consabidas náyades arteras’, el pecado carnal y el goce, no por prohibido menos buscado, de la mujer. La visión que de México nos ofrece es romántica, bucólica, provinciana, idílica...”. Una patria, ¿impecable, suave y diamantina? “Sólo que cerremos los ojos ante la realidad quemante”.<sup>24</sup> Y palabras más, palabras menos, tal vez la podría suscribir

<sup>22</sup> Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano*, Porrúa y Obregón (México y lo Mexicano), México, 1952, pp. 76 y ss. Uranga dedica un capítulo entero al examen de la relación que existe entre la poesía, la Revolución mexicana y la ontología del mexicano; un apartado del mismo se llama “Carácter y ser del mexicano en la poesía de López Velarde”. Me parece sumamente sana la corriente que intenta destruir estos mitos de nuestra crítica literaria, por ejemplo, lo que hizo Antonio Alatorre (“Para la historia de un problema: la mexicanidad de Ruiz de Alarcón”, *Anuario de Letras*, año VI, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1961, pp. 161-202). [Nota de Labastida.]

<sup>23</sup> Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Hornero Aridjis, *Poesía en movimiento*, Siglo XXI Editores, México, 1966, p. 426, nota. [Nota de Labastida.]

<sup>24</sup> *Lo vivo y lo muerto en la poesía de López Velarde*, encuesta de Águeda Ruiz, *Ovaciones*, suplemento, núm. 75, 2 de junio de 1963. [Nota de Labastida.]

ahora, 50 años después. Por entonces no puse el énfasis, como sí lo hago hoy, en su conflicto interior, que ilumina, con su llama oscura, la totalidad de su mejor poesía. Por esa causa, el juicio de Villaurrutia sintetiza, en buena medida, el justo valor de nuestro poeta. Lo asumo como propio:

En la poesía mexicana, la obra de López Velarde es, hasta ahora, la más intensa, la más atrevida tentativa de revelar el alma oculta de un hombre, de poner a flote las más sumergidas e inasibles angustias; de expresar los más vivos tormentos y las recónditas zozobras del espíritu ante las incitaciones del erotismo, de la religiosidad y de la muerte.<sup>25</sup>

Quisiera añadir que López Velarde, pese a haber vivido la etapa sangrienta de la Revolución, pese a que su mundo personal fue destruido por la *fusilería* que dejó *grabados en la cal de las paredes/ negros y aciagos mapas*; pese a que su *Edén* fue *subvertido por la mutilación de la metralla*; pese a que lo invadiera *una íntima tristeza reaccionaria*, pudo superar todos esos daños y dejó escrito que la patria se guardaba *impecable y diamantina*. Admiro su valor. Empero, no puedo compartir su idea de que la patria deba *permanecer fiel a su espejo diario*; que se repita 50 veces, como se repite el Ave María en el hilo del rosario. Creo que toda nación es su *futuro*, que cada nación dibuja su porvenir y debe hacer todo lo que sea necesario para volverlo real. Lejos de suponer que la poesía o el arte expresan o reflejan el carácter o la *esencia* de un país, creo necesario subrayar que el arte, la cultura, lo que aún no somos pero que deseamos ser, construyen los países. Homero fue el educador del pueblo heleno; Descartes le dio a Francia y a su idioma la nitidez, la claridad, la distinción que hoy es su carácter. Si el hombre es, como dice Jean-Paul Sartre, *una pura nada*, o sea, su futuro, lo que aún no es, las naciones también son lo que desean ser y no sólo su pasado.

<sup>25</sup> Xavier Villaurrutia, “Ramón López Velarde”, *op. cit.*, p. 36. [Nota de Labastida.]



## 20. José Emilio Pacheco

### *La patria espeluznante*<sup>26</sup>

#### REGIONALISMO FRENTE A CENTRALISMO

En “La suave Patria” el poeta moribundo protesta su fe por el campo y contra la ciudad, por el viejo *modus vivendi* y contra el progreso. En la “epopeya” que en “A las provincianas mártires” López Velarde *reza* en un dístico inicial a Mireya, Martha Canfield ve algo enteramente novedoso: la Mireya mártir zacatecana es la hermana de la Mirèio del poeta provenzal Frédéric Mistral. Mirèio es la provinciana modelo de una región francesa que se obstina en mantener su lengua (la *langue d’Oc*, de ilustre tradición trovadoresca), sus costumbres, sus creencias, tradiciones y autonomía frente al poder nivelador y centralizador del Estado francés. Para ello Mistral fundó el felibrismo, un movimiento literario caracterizado por la descripción del paisaje y la idealización de la provincia occitana, con una base ideológica vivamente católica.

A diferencia de la Provenza mistraliana, la provincia de López Velarde está despoblada de hombres. Es un gran gineceo por el que circula el poeta alucinado de amor. Su visión es la de un niño. Los hombres no están: trabajan; los niños aún no los ayudan en el trabajo. No les vedan aún las puertas del gineceo que se volverá paraíso cuando se pierda.

Las dos Mireyas, la provenzal y la zacatecana, mueren porque pertenecen al mundo arcaico que el progreso va a aniquilar. Antes que desaparezca, López Velarde lo describe en un poema no construido como épica ni oda civil sino a base de cuadritos que componen una alegoría definida y recuerdan lo mismo a la pintura del gótico tardío que al muralismo y al arte *naïf*. Corno simpatizó con los provenzales, el poeta se siente afín al “correo chuan”, el normando, otra nacionalidad en pugna con el centralismo francés. (Las analogías podrían extenderse hasta las similitudes entre los pretéritos chuanes y los entonces futuros cristeros

<sup>26</sup> José Emilio Pacheco, “La patria espeluznante”, en Ramón López Velarde. *La lumbre inmóvil*, sel. y epílogo de Marco Antonio Campos, Era/ Secretaría de Cultura, México, 2018, pp. 47-56.

también campesinos, regionalistas y en primer término católicos, en lucha contra un Estado centralizador pero al mismo tiempo contra una revolución victoriosa.)

#### GULLIVER Y SAN FELIPE

La patria del poema no se parece al Estado mexicano que se creó a la fuerza sino a su pueblo nativo. El sureste, la costa, la frontera están excluidas; la capital aparece fugazmente. La patria es una *matria*: todas sus imágenes son femeninas y es presentada como tierra cálida, protectora, dulce y generosa. El adjetivo *suave* sólo es aplicable a una figura femenina y también maternal. El poeta la ve como una casa llena de juguetes. En el proceso de gulliverización se identifica con el Creador y juega con el territorio.

Para él la patria es su provincia, la provincia es la tierra y la tierra la mujer amada. La amada y la *matria* tienen mucho de la madre. Pero López Velarde sabe que es una fantasía: el México que desea está muriendo y el petróleo, el don maldito, será el caballo de Troya.

Más oscuro para el conocimiento actual y rara vez citado, es el otro dístico:

Te dará, frente al hambre y al obús,  
un higo san Felipe de Jesús.

En la “doctrina” con la cual se preparaba a los niños de los años cuarenta para su primera comunión se les hablaba de que entre los escombros de la ciudad virreinal aún florece cada año la higuera del único santo mexicano, san Felipe de Jesús. Se supone que al morir crucificado nada menos que en Nagasaki, Felipe envió un mensaje de consuelo y esperanza a la llorosa Nueva España: mientras su higuera exista y reverdezca, frente al hambre, la miseria y la violencia, su patria o *matria* de infinitos recursos (aun y sobre todo en el desastre) obrará una y otra vez el milagro: lo imposible será posible. La higuera, que es la tierra perdurable, saciará a los hijos de la patria espeluznante y un día volverá a ser, si alguna vez lo ha sido, la *suave* Patria.



## 21. Gabriel Zaid

### *Quiénes fueron los poetas del Ateneo*<sup>27</sup>

López Velarde se volvió un niño héroe del arte nacional, caído en el combate desde las cimas de Chapultepec, envuelto en “La suave Patria”.

El poema gustó muchísimo. Además de sus méritos literarios, era un gran mural patrio, pictórico, histórico, con mensaje y toda la cosa. Quizá fue el modelo literario para el muralismo que Vasconcelos le encargó a Diego Rivera, que llegó de Europa unos días después. (En apoyo de esta tesis, Andrés Henestrosa me dice que él ha pensado lo mismo de la *Visión de Anáhuac*, y que Vasconcelos le dijo de Rivera: llegó pintando a la europea, hasta que me hizo caso y abrió los ojos al mundo mexicano.) El “muralismo nacionalista” puede remontarse a la poesía del siglo xvi: a Terrazas, Salazar, De la Cueva, Saavedra, Pérez de Villagrà, Balbuena y tantos otros que celebraron el Nuevo Mundo. Pero los “murales” de Reyes (1917) y de López Velarde (1921) parecen antecedentes literarios inmediatos de la inspiración de Vasconcelos: encargar murales que celebren el Nuevo Mundo de la Revolución mexicana.

En términos literarios, “La suave Patria” era volver a Othón y a la gran tradición del paisaje; pero, en términos oficiales, era una doble legitimación: la búsqueda nacional emprendida por la Revolución se eleva a las alturas del gran arte en los murales poéticos y pictóricos; a su vez, la Revolución consagra a sus grandes artistas: López Velarde, Diego Rivera. Aunque, en esta función, el verdadero antecedente es el Porfiriato cultural: Justo Sierra llamó a los pintores para decorar los muros del anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, con el tema “la evolución humana” (Díaz y de Ovando, t. II, p. 584; *El Imparcial*, 15 de octubre de 1910).

En 1910, Porfirio Díaz y Justo Sierra festejaron el Centenario de la Independencia (la proclamación), trajeron invitados internacionales, convocaron a un congreso de estudiantes y “fundaron” la Universidad Nacional; pero les faltó un gran poeta que muriera oportunamente, y no tuvieron tiempo de encargarle a Rivera, recién llegado de Europa, los murales del Anfiteatro: apenas hubo tiempo

<sup>27</sup> Gabriel Zaid, “Tres poetas católicos”, en *Ensayos sobre poesía II*, El Colegio Nacional, México, 1993, pp. 374-378.



de montarle una exposición en la Academia de San Carlos, inaugurada por la mujer de don Porfirio, el mismísimo 20 de noviembre (como lo ha recordado Octavio Paz, *Los privilegios de la vista* (Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 244). En 1921, Álvaro Obregón y José Vasconcelos festejaron el Centenario de la Independencia (la consumación), trajeron invitados internacionales, convocaron a un congreso de estudiantes y “fundaron” la Secretaría de Educación Pública; pero además trajeron a Rivera (que se había vuelto a Europa) para que pintara los murales del Anfiteatro, y se adornaron consagrando a López Velarde y “La suave Patria”.



## 22. Allen W. Phillips

### *La provincia*<sup>28</sup>

Afirmada nuestra admiración por “La suave Patria” como síntesis lírica de la patria mexicana, conviene recordar que ha habido también voces de protesta, y voces autorizadas, en medio de la inmensa y universal estima que se ha concedido al poema. Al lado de esas voces de protesta, hay por lo menos ciertos silencios no menos significativos, que son testimonios elocuentes de una posible reacción en contra de la composición —¿reacción concentrada en la década 1925-1935?—. Hace ya muchos años, por ejemplo, Torres Bodet escribió que “La suave Patria” era un ensayo de transición, hacia una mayor popularidad, y también puntualizó ciertas indecisiones y torpezas en el poema mismo, errores que antes pudieron estar encubiertos por la integridad personal de López Velarde. Rafael Solana declara rotundamente que López Velarde no fue cantor de la patria, sino sólo de un pequeño rincón de su inmensa superficie, y cree que el poema representa un falso López Velarde, poeta sobre todo de la intimidad. No importa por el momento que gustemos más del poeta intimista o del poeta que se ha exteriorizado un tanto en su circunstancia mexicana: en el interés de la auténtica crítica literaria, cuya delicada función es juzgar y valorar, debiéramos agradecer los juicios adversos para completar la valoración de la obra y ofrecer nuevas perspec-

<sup>28</sup> Allen W. Phillips, “Concepción de la vida: temas y tonos”, en *Ramón López Velarde, el poeta y el prosista*, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1962, pp. 179-191.

tivas en medio de una crítica que se deja llevar principalmente por elogios cálidos y elocuentes.

En otro aspecto del poema conviene que nos detengamos un momento: su mexicanismo esencial. Pese a la relativa impenetrabilidad de unas cuantas imágenes, el poema llega al pueblo y a su sensibilidad, al pueblo que no necesita de ninguna explicación de sus alusiones. Un caso análogo es el de García Lorca, cuyos versos más densamente metafóricos —los del *Romancero gitano* por ejemplo— pueden ser sentidos y apreciados inmediatamente por el pueblo español. Sin embargo, suponer que “La suave Patria” sólo entrega su emoción al lector mexicano, es falso: esto equivaldría a condenar irremediablemente la composición como un mero canto local sin mayor trascendencia. Hace unos pocos años Fortino Ibarra de Anda intentó una explicación de ciertos versos difíciles de “La suave Patria”, que él consideraba incomprensibles para la mayoría de los lectores por su subjetividad y por sus cualidades mexicanas. Por nuestra parte, quisiéramos hacer observar hasta qué extremo llega Ibarra, en su desafortunado ensayo de exégesis. Comentando los siguientes versos:

Tu barro suena a plata, y en tu puño  
su sonora miseria es alcancía...

Habla de cómo en las minas de plata queda como desperdicio mucha tierra que todavía tiene plata, y anota que Zacatecas está rodeada de esos “jales”. Tal explicación nos parece ingeniosa, pero la verdad, según entendemos, es muy otra. Parece que esta imagen bien poco tiene que ver con las minas nortenas, y que se inspira más bien en el timbre argentino de ciertas campanitas hechas en Oaxaca, de barro negro; incluso se sabe que una noche vio López Velarde una de esas campanitas en casa de su amigo Enrique Fernández Ledesma. Desde luego, al pasar al segundo verso, el lector fácilmente hace la necesaria asociación entre el barro de la campana, que suena a plata, y las conocidas alcancías en forma de puerquitos que tanto abundan en México.

No pretendemos hacer aquí una detallada interpretación del poema —todavía queda por hacer su exégesis completa, a pesar de la abundante bibliografía que hay sobre él—, sino señalar en apretada síntesis sus más destacadas cualidades de poema bien logrado. Es innegable que muchas imágenes están plasmadas con

materiales muy mexicanos: rompopo, rebozo, tinaja, lotería, ajonjolí, jarabe, nopal, chíá, además de las alusiones quizá más conocidas al lector no mexicano (la Malinche, el Palacio Nacional). Pero López Velarde logra ennoblecer lo típico al mismo tiempo que eleva a categoría literaria ciertos giros populares. Recordemos que López Velarde no quiere despojar a la patria “de su ropaje moral y costumbrista” (Min., “Novedad de la patria”, p. 238); que la ama típica, como él dice, y que la ve “individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal”, hasta tal punto que “casi la confundimos con la tierra” (*Ibid.*, p. 237). Es la suya una visión sublimada, quintaesenciada, lo cual no impide que sea a la vez familiar y concreta. Son sumamente significativos estos versos, que revelan cómo el poeta reviste lo abstracto (el concepto de la patria) de una forma corpórea y tangible:

Suave Patria: te amo no cual mito,  
sino por tu verdad de pan bendito...

Además de esta realidad presente, López Velarde tiene fe en la tradición mexicana, y termina su panegírico aconsejando a su patria que sea igual y fiel a su espejo diario. Rebasaría los límites de un ensayo literario discutir a estas alturas la validez de esos consejos ofrecidos por el poeta.



### 23. Alfonso Junco

*El milagro de las rosas*<sup>29</sup>

Ramón López Velarde —muerto, a la edad de Cristo, en 1921—, poeta extraordinario que acertó a captar y definir las más hondas y delgadas esencias de la *Suave Patria*, comentaba un día *La Conquista* que el protestantismo del norte emprende sobre nosotros, y después de afirmar lo evidente: que “en Méjico, las gentes de responsabilidad intelectual no pueden ser más que librepensadores o católicos”, avanzaba el patriótico temor de que “sobre las plebes” imprevistas hiciera algún camino la invasión. Y escribía:

<sup>29</sup> Alfonso Junco, fragmento de *El milagro de las rosas*, Jus, México, 1958, p. 18.

Nuestra dolorosa nacionalidad, discutida por muchos y negada por no pocos, seguirá achatándose en su arista casi única: la religiosa, si en los palacios dioce- sanos y aun en el Nacional, se descuidan.

Un día del último febrero, en que con meros ojos de mexicano, dentro de las naves de Guadalupe, vi arder cera en los guantes, cera en los dedos de los niños, cera en el brazo del peón, cera en la viuda vergonzante, cera en la palma del oficinista, cera, en suma, en las manos abigarradas del Valle, persuadime de que la médula de la Patria es guadalupana.

Si por las biblias en inglés dejara de serlo, la afinidad para la Conquista se hallaría a punto. Las afinidades en un culto pedestre, ahogarían la última flor de nuestro desnudo...

(Prosas reunidas en *El Minutero*, Méjico, 1923).



## 24. Tarsicio Herrera

*López Velarde, un Horacio mexicano*<sup>30</sup>

Paréntesis II:

¿Cómo podría haber iniciado Horacio el “Primer Acto” de “La suave Patria”?

Patria: tu superficie es el maíz,  
tus minas, el palacio del Rey de Oros,  
y tu cielo, las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros.

*Patria: zea mays tuum est solum,  
fodinae aula sunt Regis Aurorum,  
árdeae sunt labentes tuum caelum  
atque viride fulgur psittacorum.*

<sup>30</sup> Tarsicio Herrera, “López Velarde, un Horacio mexicano”, en *López Velarde y sor Juana, feministas opuestos y otros ensayos premiados*, Porrúa, México, 1984, pp. 115-116. (Publicado originalmente en *El Nacional*, México, 20 de junio; 5, 18 y 26 de julio de 1978.)

El niño Dios te escrituro un establo  
y los veneros de petróleo el diablo.

*Divus Púer tibi rescripsit stábulum  
et venas pétrei ólei dábolus.*

Sobre tu Capital, cada hora vuela  
ojerosa y pintada, en carretela;  
y en tu provincia, del reloj en vela  
que rondan los palomos colipavos,  
las campanadas caen como centavos.

*Supra Metrópolis it hora varia  
extenuata ornataque in angaria;  
et in provinciis vivi horologii  
ubi columbi spléndidi, circúmeunt,  
ictus campanae sicut nummi rúunt.*

Patria: tu mutilado territorio  
se viste de percal y de abalorio.

*Patria: tua vasta tellus mútila  
indúitur tela atque spháera rútila.*

Suave Patria: tu casa todavía  
es tan grande, que el tren va por la vía  
como aguinaldo de juguetería.

*Patria suavis: adhuc domum tuam  
tantam video, ut máchina éat viam  
quasi emptum donum ad cleliciam meam.*

Y en el barullo de las estaciones  
con tu mirada de mestiza, pones  
la inmensidad sobre los corazones.

*Sub strepítibus, inter stationes,  
cura tuo hybrido intúitu, repones  
immensas supra carda extensiones.*

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,  
no miró, antes de saber del vicio,  
del brazo de su novia, la galana  
pólvora de los fuegos de artificio?

*Quis, in nocte quae facit ranam pávidam,  
non aspexit, adhuc nescius vítii,  
dum brácchium dat sponsae, illam fúlgidam  
nitratam terram ignis artificii?*



## 25. Salvador Elizondo

### *Introducción*<sup>31</sup>

Ramón López Velarde (1889-1921). Y aquí es preciso llamar muy insistentemente la atención del estudiante extranjero no sobre las grandes virtudes de este poeta único y perfecto, sino sobre el lodo que las contingencias de una política nacionalista ha arrojado sobre la obra de exquisita y enfermiza sensibilidad de este poeta. Con toda intención hemos dejado fuera de este museo su poema más famoso “La suave Patria”, entre otras cosas, porque como el poeta mismo nos lo dice en la primera estrofa, está cantando *falsetto*. Toda la masa de su obra poética desdice de las veleidades políticas, es decir mundanas, que los políticos —que generalmente no saben nada de poesía— le han atribuido en desdoro de algunos poemas en que se concentran los fulgores más intensos de la poesía mexicana moderna: poemas en que se ocupa de nimiedades domésticas y alegorías provincianas para dirimir, en un lenguaje cuya cuerda él sería el primero en pulsar, el drama oscuro del alma humana en la que el placer, el pecado, el vicio, el dolor y

<sup>31</sup> *Museo poético*, México, 1ª ed., Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974; 2ª ed., Aldus, México, 2002, pp. 23-25.

la muerte campean sobre la planicie apocalíptica de estas construcciones de altísima perfección técnica.

López Velarde no hizo escuela porque fue un poeta genial. Sus seguidores nunca obtuvieron el ambiguo matiz con precisión tan alta.

Lo tomaron por un “poeta cívico” o “poeta del terruño” y degradaron su obra a la condición de pieza obligada en las fiestas escolares y los mexicanos debemos congratularnos de que la esencia de su obra esté intacta y a salvo de toda proliferación.

En la obra de López Velarde se consuma, por primera vez en la historia de la poesía en México, la creación de un lenguaje. Ya hemos visto que el primer poema que se escribe en español en América se escribió “imitando a Góngora”. Pero la creación de ese lenguaje particular, por el que López Velarde llegaría a tener acceso a la formulación de las imágenes poéticas más sorprendentes, no hubiera sido posible sin la obra de algunos poetas que lo precedieron y que se inscriben claramente dentro del marco del movimiento modernista; destaca entre ellos un poeta de modesta condición pero de enorme influencia en el mundo de las letras y de la poesía, ya que entre otras cosas fue quien dio a López Velarde la pauta de ese lenguaje particular que cristaliza en algunos de sus mejores poemas: Francisco González León (1862-1945).



## 26. Carlos Pellicer

### *Poema en dos imágenes*<sup>32</sup>

#### LA SEGUNDA

La Patria que en el agua de tus ojos  
se desnudó, no tiene sino esa misma imagen.  
Entrañas opulentas que el extranjero  
saqueó durante cuatro siglos.

<sup>32</sup> Carlos Pellicer, “Poema en dos imágenes”, *Cuerdas, percusión y alientos* (1976), en *Obras. Poesía*, ed. de Luis Mario Schneider, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 497-498.

Las dos costas desnudan su belleza  
y la alegría tropical y el aire  
que libera sentidos y razones  
dan al sexo jaguares, girasoles.  
Plataformas centrales  
construidas a la altura de las águilas  
ponen fuego a la luz y el cielo crece.  
El hombre-campo guarda un dejo de pirámide  
aun cuando su pobreza  
arrincona inconsciente una sonrisa.  
Las lenguas poesía milenaria  
dicen lo necesario, sobreviven.  
La Patria necesita hombres más hombres  
que le hagan ver la tarde sin tristeza.  
Hay tanto y lo que hay es para pocos.  
Se olvida que la Patria es para todos.  
Si el genio y la belleza entre nosotros  
fue tanto y natural,  
que el recuerdo del hombre de otros días  
nos comprometa para ser mejores.  
La patria debe ser nuestra alegría  
y no nuestra vergüenza por culpa de nosotros.  
Es difícil ser buenos.  
Hay que ser héroes de nosotros mismos.

Conversamos, Ramón, a piedra y lodo.  
Es el barco que habla por lo que fue en la mano  
de quien nos hizo enteros.  
Víspera de tu ausencia  
te fuimos a llevar una magnolia  
a tu cuarto de agonía,  
mis amigos y yo.  
Hoy hace cincuenta años  
que eres más joven.



Flor y canto en los labios deste día,  
en los labios de México,  
en todo el corazón de nuestros labios.

*Lomas de Chapultepec,  
Pascua de Resurrección de 1971.*



## 27. Hugo Gutiérrez Vega

*La poesía y la novedad de la patria*<sup>33</sup>

Quise limitar mis palabras a estos temas subyugantes a los que dedicamos horas y horas de reflexión e intercambio de ideas pero, de repente, aparecieron nítidas y precisas, las palabras de “La suave Patria”, el poema del padre soltero de nuestra poesía actual, Ramón López Velarde.

En un ensayo reciente Marco Antonio Campos nos habla de los versos en los que Pablo Neruda hallaba “el purísimo patriotismo” de nuestro joven decano. Los conozco de memoria y cada vez que los pienso me entregan algo nuevo. Con toda razón, López Velarde habló de “la novedad de la patria”, y lo hizo en el trágico momento en que el pueblo de la infancia era “el edén subvertido que se calla en la mutilación de la metralla”. Tiempos de desasosiego y desánimo, de esperanzas truncadas, sin una luz al final del túnel. Nos dice en su ensayo escrito en 1921 “Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa”. El poeta observa una patria profunda, creciendo hacia adentro y “una nacionalidad a la que volvemos por amor... y pobreza”.

En otros tiempos dolorosos, agobiados por las más lacerantes contradicciones, por la corrupción, la violencia homicida, la pobreza extrema, la injusticia, la cháchara redentorista y el terrible crecimiento de los fundamentalismos, tenemos la tentación de abominar de la política, pero la vencemos, pues es doblemente peligroso desconfiar de todo y de todos. El camino de salida va de la mano de la

<sup>33</sup> Hugo Gutiérrez Vega, discurso de ingreso como académico de número a la Academia Mexicana de la Lengua, leído el 11 de septiembre de 2012. Respondió al discurso Gonzalo Celorio.

democracia; es este pueblo pobre y poderoso, el pueblo de esta patria “hecha para la vida de cada uno”, el que señala a las clases política y empresarial, a los partidos y a los intelectuales, la obligación de ser honestos, caritativos y tolerantes; en suma, discreta y apasionadamente patrióticos. Tal vez suene anacrónico o pueda parecer demagógico, pero a veces es necesario ser “como el tenor que imita la gutural modulación del bajo” y decir palabras como *patria*, *futuro* y *esperanza*, aunque frente a nuestra cándida nariz, ríen los eternos polkos o se burlen los falsos cosmopolitas.

Dice López Velarde —¡siempre López Velarde!— que “lo innominado del ser de la patria no nos ha impedido cultivarla en versos, cuadros y música”. Hablemos esta noche de algunos versos en los que esta geografía aparece para llamar nuestra atención. Vale la pena ser morosos y detenernos en algunas citas de nuestros poetas. Hay ahora muchos desatentos a quienes califica como “gente sin amor, fastidiada, con prisa de retirar el mantel, de poner las sillas sobre la mesa, de irse...”, que no entenderán nuestra urgencia de redefinir, a través de la poesía, algunas de las cosas y de los seres más entrañables de esta patria modesta, atribulada, rica y miserable (“en piso de metal vives al día, de milagro, como la lotería”). No lo entenderán o pensarán que se trata de un irrelevante juego retórico. No van para ellos estas palabras, pues no detendrán su prisa ni apagarán “el sonido y la furia” de su trajinar sin ton ni son. Van para los cándidos volterianos capaces de escuchar a los demás, de respetar las verdades distintas a las suyas, y defender el santo derecho a pensar, acertar o equivocarse. Van para los aspirantes a justos y para los que no esgrimen sus certezas como armas arrojadas; para los que dudan, aciertan o se equivocan por amor; para los que, como Montale, pensamos que la poesía no tiene utilidad inmediata alguna y es, por lo tanto, absolutamente imprescindible.

Cuauhtémoc, nuestro “único héroe a la altura del arte, es objeto de la admiración de Carlos Pellicer: “Señor, tu voluntad era tan bella, que en la tragedia de tus meses imperiales, se aceleraba el ritmo de las grandes estrellas”. El joven abuelo imantó al idioma del blanco y, en su hermoso fracaso, se convirtió en la mejor de nuestras monedas espirituales.

[...]

En los pueblos pequeños y las ciudades de provincia, crecen las palabras constructoras de un mundo poético que late también en la capital, ahora sitiada por

una violencia nacida de su propio pecho, alimentada por los contrastes abismales, por el estruendo de este tiempo nuestro, por “los inviernos de nuestro descontento”. En los dos ámbitos conviven las memorias de lo cálido y pequeño con el desasosiego propio de las sociedades contradictorias. González León nos dice: “lo hogareño lindante con lo triste: las historias calladas, las ventanas cerradas, el patio donde lo húmedo persiste...”; y Efraín Huerta ve en la avenida Juárez “un mar de voces huecas, un gemir de barbarie”. Por eso acierta: a veces “uno pierde los días, la fuerza y el amor a la Patria”. ❀

